

La Universidades; El Gran Aporte Del Medioevo

Prof. Susana Pozo P.

Este artículo lo inspiró la lectura del libro “Medioevo: El Tiempo de las Catedrales y de las Cruzadas”, del académico chileno Gerardo Vidal Guzmán. La obra integra una serie de este autor que bajo el rótulo “Retratos.....”, reúne otras tres publicaciones sobre distintas etapas de la Historia.

No es un texto académico, no tiene en absoluto esas pretensiones, como lo señala su autor en el prólogo, y está dirigido claramente a legos.

Eso señala un valor en término de proyectar a través de un texto ameno la Historia, sus pasadas épocas para irrumpir en el vertiginoso mundo contemporáneo exultante de acontecimientos y que nos hace perder la retrospectiva de épocas pasadas.

“Medioevo.....” se inscribe en un esfuerzo más de los historiadores contemporáneos por rescatar a este periodo de la mirada despectiva que tradicionalmente se le ha brindado y situarlo en el reconocimiento que se merece por su contundente aporte en la evolución de la Humanidad y particularmente del conocimiento.

Más que borrar el imaginario del medioevo como un paréntesis oscuro, creo que es necesario suprimir el juicio que se tiene de éste como una etapa carente de trascendencia, porque lejanamente es eso.

La Edad Media, que además tiene el peso de su propia denominación, debió sobrellevar por mucho tiempo la caricatura de haber sido un paréntesis sin mayores méritos en la evolución de la Humanidad. Su retrato más recurrente ha sido el de la barbarie, de un mundo convulsionado por los conflictos, por las invasiones, por la denodada lucha entre el poder terrenal y el eclesial, el feudalismo y el brutal vasallaje y abuso de los ignorantes e indefensos campesinos.

Fue todo eso y otros cuantos acontecimientos más como han ocurrido en todas las etapas de la Historia, pero muchos otros grandes sucesos positivos configuran el total y en el aporte de ambos hacen en justicia la contribución de la Edad Media para la evolución que tendría lugar en el Renacimiento.

En un análisis integrador, hay que señalar que ésta es una época que protagoniza un rol importantísimo en el avance de la civilización, generando pilares que se sustentan hasta el presente,

Su infortunio, en la perspectiva de la línea del tiempo, y si es que así puede configurarse, fue situarse entre lo clásico del Mundo Antiguo y el esplendor del Renacimiento, como el gran impulsor hacia el Mundo Moderno.

La Edad Media registra grandes luces en la filosofía, la pintura, la literatura, la arquitectura, la música y en todas las expresiones humanísticas y científicas que se proyectan hasta el mundo actual.

El propio Vidal lo señala en su presentación.

Cito: “¿Qué sería del patrimonio cultural de Occidente si tuviéramos que prescindir de los frescos del Giotto, de la Divina Comedia de Dante, del cántico espiritual de San Francisco, de los escritos místicos de San Bernardo o de las novelas de caballeros andantes de Chretien de Troyes? Sin duda, nuestro mundo sería infinitamente más pobre de lo que es, y, seguramente, ni siquiera habría podido constituirse tal como lo conocemos.”

Por las páginas de este texto transitan Santo Tomás de Aquino, Mahoma, Carlo Magno, Godofredo de Bouillon y otras figuras e institucionalidades que hicieron un contundente aporte al Medioevo y marcaron el impulso al floreciente periodo posterior.

Más que descalificación, lo que ha ocurrido con la Edad Media, ha sido una suerte de ingratitud histórica y de burdo desconocimiento de todos los hechos positivos que se situaron en los 10 siglos que abarcó su desarrollo y que marcaron un punto de inflexión de enorme riqueza cultural en la evolución de las sociedades.

Hay una tendencia para atribuir al Renacimiento todos los laureles de una etapa luminosa- que sí lo fue- en desmedro de la Edad Media que también tuvo su esplendor, término este último que nunca lo he leído como calificativo para esta etapa.

Si se pretende ser justo, en muchos aspectos el Renacimiento vino a ser la etapa de madurez de acontecimientos incubados en el medioevo.

Como académica, quisiera remitirme a uno de enorme trascendencia. Es el que representó el enorme surco que dejó la Edad Media en la Educación y que derriba por completo toda injusta visión que se tiene de ésta como un periodo oscuro.

Como no va a ser importante esta etapa de la Historia si en ella hay que situar la formación de las primeras universidades cuya institucionalidad, también con sus luces y sombras, permanecen inamovibles hasta hoy como los principales centros del pensamiento, su difusión y su renovación.

Las universidades siguen siendo la principal institucionalidad formadora de nuevas generaciones de profesionales y pensadores, constituyendo el más brioso aporte en el avance de la ciencia y el saber disciplinario desde la multiplicidad del quehacer que comprende el sector terciario de la Educación.

¿Podría un periodo tan oscuro, como se ha proyectado el medioevo, haber sido el escenario donde germinaron las universidades?

Vidal se refiere al nacimiento de las primeras universidades y lo aborda a partir de un controvertido personaje: Pedro Abelardo. Más que monje, académico, filósofo y protagonista de una trágica historia de amor, en Pedro Abelardo se sintetiza una figura polémica con seguidores y perseguidores, cuyos cuestionadores planteamientos señalarán el camino del alma universitaria: una institución llamada a emprender una permanente renovación, un sistemático cuestionamiento y acogedora de todas las corrientes de pensamiento.

Desde la perspectiva más formal, el nacimiento de las universidades, estuvo anidada en el dominio de la religiosidad imperante en la época medioeval.

En efecto, su principales precursoras fueron las escuelas catedralicias, a partir de las cuales surgieron las primeras universidades en Italia, Inglaterra, España y Francia, si nos remitimos al mundo occidental. Citemos como dos de los tantos centros que perduran hasta hoy y continuarán por mucho tiempo formando a nuevas generaciones a las universidades de Bolonia en Italia y Oxford en Inglaterra, planteles entre otros que nacieron bajo el alero del medioevo.

Pero no es sólo la religiosidad que predominó en la Edad Media la que dio el impulso al saber universitario. Vidal lo explica como la sed de la intelectualidad que había prendido en las nuevas generaciones.

Agreguemos a la explicación de este autor que un precedente importante en la creación de las universidades fue la enseñanza organizada sobre la base del Trivium- Gramática,

Retórica y Lógica- y el Quadrivium- Aritmética, Geometría, Música y Astronomía- como las sólidas rutas hacia el Humanismo, el primero, y la Ciencia, el segundo.

La Escolástica identificó también como su escenario más natural en su continuidad a las universidades desde donde prosiguió esta corriente de difusión de la filosofía aristotélica y platónica, además de todo el pensamiento expresado que confluyó en esta suerte de sincretismo filosófico.

No podríamos excluir del entorno medioeval que condujo a la organización de las primeras universidades así como al impulso que tuvieron en el Renacimiento, a los primeros indicios en la xilografía para avanzar luego a la invención de la Imprenta.

La gran eclosión para la difusión del pensamiento hay que remitirlo al invento de la imprenta, a partir del cual fue posible democratizar el conocimiento.

La historia que sigue no es tema de este artículo, pero quisiera articular el enorme aporte del medioevo en el nacimiento de las universidades con el punto de inflexión que hoy viven éstos, los principales centros de estudio a nivel universal.

Sobre esto último, me permito una breve reflexión con respecto a un tema que es el rol y el giro que deben asumir las universidades ante el nuevo patrón de sociedad que hoy tenemos.

Para responder a las demandas y la realidad social contemporánea, las universidades deberían experimentar un nuevo impulso en su inserción en la sociedad para introducirse en el nuevo tejido social que hoy se construye y constituirse como sujetos más activos y participantes en el rol de difusión del pensamiento.

La revolución del 68 que los jóvenes de esa década impulsaron a través del mundo llevó a las universidades a salir de su enclaustramiento. Los claustros son las formas de debate que menos me hacen sentido y- a mi juicio- las menos representativas de la Educación Superior en el siglo XXI.

Mucho menos con los tiempos que hoy corren, cuando la sociedad pareciera requerir perentoriamente un referente intelectual, una suerte de sólida brújula para un mundo muy compartimentado y donde las múltiples carreteras tecnológicas llevan al educando a información carente de filtros que le otorguen respaldo.

En ese contexto, las universidades debieran defender su condición de paradigma del conocimiento en la ordenación del pensamiento multidisciplinario.

Y en esa línea se precisa de un nuevo salto de la Educación Superior, para que vaya al ritmo de la nueva sociedad, particularmente en la importante contribución que le compete en mejorar el mundo subdesarrollado que sin el necesario apoyo del saber multidisciplinario sucumbirá en la vorágine de la competencia, el individualismo y el consumismo.

La llamada Sociedad de la Información, está estructurada para excluir y desprenderse de quienes carecen del manejo y nuevas formas de integración. Los desadaptados del conocimiento retrocederán inexorablemente sin posibilidades de emerger. Aquellos que se cautivan sólo con la información banal navegarán en aguas del conocimiento superficial y sólo una élite llegará al conocimiento que les convierta en líderes de los anteriores.

Este escenario constituye un potente freno a las pretendidas aspiraciones de una sociedad más igualitaria, justa y con los debidos soportes de conocimiento para tomar decisiones sustentadas en el conocimiento propio.

Ahí es donde articulan las universidades y por eso que es de tan vital trascendencia que la Educación en sus distintos niveles y particularmente aquella que se brinda a los más vulnerables de la sociedad cuente con el sello de calidad para tal impulso.

A las universidades también les asiste un rol ético, un deber y un compromiso social para que su principal activo- el conocimiento- lo traspase y motive a muchas generaciones de ciudadanos que han quedado de espaldas al conocimiento y a expresiones culturales.

Lo anterior, como resultante de las nuevas formas de comunicación a que aludíamos, para acceder a la información y también como consecuencia del abrumador peso del modelo económico predominante.

Este último ha avasallado al más débil, lo ha incorporado en la lógica, la presión y el cautiverio del consumismo. Conjuntamente, las últimas décadas se han caracterizado por el empobrecimiento que ha experimentado la educación en calidad, en contenidos y en incentivos para aportar una formación más sólida a niños y jóvenes.

A las universidades les compete articular el revertir tal escenario, particularmente aquellas que no tienen comprometido su quehacer como un negocio, en especial las estatales.

Es en ese contexto, que se hace necesario que los Gobiernos respalden con los recursos suficientes para permitir que estos centros de formación cumplan su tarea social.

Desarrollar con mayor ímpetu y solidez sus áreas de extensión y de vinculación con el medio, además de contribuir a la investigación, permite a las universidades insertarse en plenitud en la sociedad.

Pero muchas se equivocan en los espacios en que desarrollan esas áreas.

Ya no es posible pontificar sobre el conocimiento al interior de las 4 paredes de una sala de clase, lo que debe quedar remitido a sus programas de estudios formales. Hoy es necesario llevar las disciplinas y expresiones culturales hacia la periferia, hacia donde están aquellos que nunca tendrán la oportunidad de pisar una universidad.

Citemos como ejemplo la música, disciplina que en la Universidad de la Serena brinda un permanente y robusto programa de conciertos que debiera asomarse a las plazas o sitios de concentración de público. La presencia de la música y cualquier disciplina debe ir hacia las audiencias que están prioritariamente en los colegios más modestos, donde se educan niños que por recursos económicos no logran acceder a manifestaciones culturales de mayor envergadura.

Por qué no intervenir también los denominados malls e irrumpir e interrumpir la exclusividad de su rol como centros del consumo.

En definitiva, el quehacer universitario hoy debiera protagonizar un viraje profundo en su relación con la sociedad para realmente contribuir a contrarrestar la gran brecha existente como una derivada de la profunda desigualdad social.

En ese aspecto, los académicos tenemos mucho que hacer y decir. Cambiar nuestra mirada sobre los espacios en que debemos interactuar con la ciudadanía podría ser un avance para que la educación gratuita no se remita a sólo un eslogan político sino a hechos y resultados concretos.